

La construcción de la figura del intelectual en Femeninas de Valle Inclán: el narrador moderno entre la tradición americana y la tradición española

CÓUSO, Lucía / Universidad de Buenos Aires (UBA) – luciacouso@gmail.com

» Palabras clave: narrador, intelectual, imaginario americano, modernismo.

» **Resumen**

Este trabajo se propone analizar el lugar de enunciación que construye Ramón del Valle Inclán en *Femeninas*. Reconocemos en su escritura un “comportamiento” asociado a las distintas aristas que puede tener la figura del intelectual moderno desarrolladas por Edward Said en su libro *Representaciones del intelectual* y por Carlos Altamirano en *Intelectuales*. La figura del intelectual nos interesa, principalmente, por el desarrollo que tuvo durante todo el siglo XX en el campo artístico y científico. Pensar al narrador como intelectual nos permite articular los artificios del texto bajo el eje de la búsqueda hacia nuevas formas que se traducen en la aparición de una voz singular. Esta nueva estética se comprende a la luz del fin de siglo y de la estética modernista. En *Femeninas*, la voz se constituye sobre la memoria de la conquista de América, que será el territorio sobre el cual el narrador proyecta el afán mundonovista y cosmopolita de la modernidad, al mismo tiempo que da cuenta de las competencias individuales que lo convierten en una voz autorizada para proponer nuevos modelos de aprehensión de la realidad. Estos modelos desafían la tradición desmitificando la existencia de dualidades que constituyen el discurso oficial. Por medio de la ruptura de las formas establecidas del lenguaje, las actitudes morales entre las que se deliberan los personajes, las interrupciones en la narración y el tópico americano, el narrador realiza esta misión en el encuentro con una estética que le permite informar la realidad desde lo simbólico construyendo una contingencia para el acercamiento a lo real.

» **1. Introducción**

1.1 Objetivos y fundamentación

La figura del intelectual recorre el imaginario del mundo moderno como un término poco preciso, controversial y que aún hoy es el centro de numerosos debates dentro de la esfera político-cultural. El presente trabajo propone que los distintos narradores de los cuentos de *Femeninas* de Ramón del Valle Inclán (1866-1936) se encuentran en un lugar común de enunciación, una “actitud” que puede ser interpretada como las primeras imágenes del intelectual moderno constituyéndose como un único

narrador a través de los relatos (a excepción de una de las narraciones que será analizada posteriormente). El interés por el lugar de enunciación construido es caracterizado por Nil Santiáñez-Tió (2002) como propio del modernismo y entendido como la indagación por un estilo, guiada por el trabajo original con la forma. En este sentido, la producción de Valle Inclán puede ser leída como el proceso de búsqueda mediante el cual se define una estética propia, resultante de las influencias de diversas corrientes artísticas y del trabajo experimental con los elementos literarios. Nos interesa describir el lugar y el objetivo desde el cual se presenta el objeto americano, que aparece como novedoso e inaprehensible. Sin embargo, no todos los cuentos de *Femeninas* dan lugar a la aparición de los tópicos americanos. Pretendemos demostrar que aquello que permite articular todas las narraciones en esta publicación es un lugar común de enunciación. En este proceso de construcción literaria, se pone en juego la tensión entre el imaginario americano, como el espacio sobre el cual el intelectual proyecta su conocimiento, y la tradición española que le brinda autoridad e individualidad. La memoria de la conquista de América permite la construcción de la voz intelectual europea en el narrador de *Femeninas*.

1.2 El intelectual y la modernidad: marco teórico

Para analizar la figura del intelectual moderno tendremos en cuenta la reflexión que propone Santiáñez-Tió (2002) en torno al modernismo y la necesidad de cuestionar su esencialidad como categoría analítica. La clasificación que propone el autor en el Capítulo III “Modernismo y Modernismos” nos permite pensar su relación con la generación noventayochista española, las vanguardias y el realismo.

Respecto del concepto de intelectual, nos basaremos en la investigación de Carlos Altamirano en *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta* donde presenta algunos aportes que se han hecho desde marcos teóricos diferentes en torno a qué es y debe ser un intelectual. A través de las distintas concepciones, podremos ir definiendo las aristas que caracterizan al narrador de *Femeninas*. De acuerdo con su propuesta, el intelectual no debe ser entendido como una clasificación socio profesional, sino que remite “al comportamiento de tales personas en relación con la esfera pública, es decir, al desempeño de un papel en los debates de la ciudad” (Altamirano, 2013: 111). Si bien pueden rastrearse usos del término durante la Edad Media y el Renacimiento, Altamirano concluye que el intelectual como tal está asociado al desarrollo del espacio urbano y a los debates en torno a la secularización de la sociedad durante el modernismo. Por lo tanto, entendemos, hasta el momento, al intelectual como una figura con un tipo de comportamiento adoptado por sujetos específicos en la época moderna. Por otro lado, Altamirano evidencia la estrecha relación entre la figura del intelectual y los procesos de construcción nacional. En este sentido, el autor destaca la rápida apropiación del término en España y América, donde el intelectual toma el papel dirigente y normativo que conduce a la constitución de las nuevas naciones modernas para el caso español y directamente a la construcción de la nación primitiva en América. No debemos pensar en una traslación directa de esta vinculación en la propuesta de *Femeninas*, pero sí situarla en el momento de la Restauración Borbónica con el surgimiento

de movimientos nacionales regionalistas y la inmediata, aunque posterior, independencia de Cuba, que evidencia la pérdida de poder político de España. Vemos cómo la tensión americana y española es constitutiva del modernismo y, por lo tanto, la figura del intelectual va a surgir en el espacio que la tensión delimita. Lo interesante en *Femeninas* resulta del mundo estético que este lugar posibilita: el imaginario americano se constituirá como un territorio sobre el cual proyectar el afán mundonovista, cosmopolita de la modernidad, y al mismo tiempo dar cuenta de las competencias individuales que logran la develación de los misterios que supone el nuevo territorio.

> 2. Análisis

Todos los cuentos de *Femeninas*, a excepción de “La niña Chole”, están narrados en tercera persona. Como mencionamos anteriormente, podemos analizar los procedimientos del narrador a través de la idea de búsqueda de una voz particular para narrar. En este sentido, y en relación con el afán mundonovista de la modernidad, se proyectan sobre América imaginarios culturales diversos, como el árabe, el oriental y el mundo clásico. En este proceso, los narradores demuestran también su amplio conocimiento que se pone en función de descifrar el *exótico* americano, como el misterio a ser develado por el intelectual. Explicar lo nuevo pone en juego el capital cultural del narrador que le otorga autoridad a su discurso. Este procedimiento puede asociarse a la definición tradicional/elitista del intelectual que implica una jerarquía social (Altamirano, 2013: 31). Sin embargo, el resultado de estas comparaciones entre el imaginario americano y el mundo oriental o clásico, lejos de mantener la dualidad Europa/América, hace que la identidad americana no pueda ser concebida, sino que se pierda en el carácter fragmentario y volátil¹.

Cuando hablamos de imaginario americano como fondo, nos referimos específicamente a la memoria de la conquista de América. Los tópicos con los que fue narrada la conquista se actualizan en *Femeninas*, particularmente en “La niña Chole”; pero esta actualización, característica del modernismo, trae como consecuencia la emergencia de la voz del intelectual. “La niña Chole” es el único relato contado en primera persona. El narrador es un joven “mozo y algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelería en la cabeza” (Valle Inclán, 1978: 49). Es la novelería la que le va a permitir descifrar su aventura americana, de la cual va a dar cuenta por medio de la experiencia explícita que se manifiesta en la idea de “anécdota” que arma el relato. Los encuentros con los americanos están siempre mediados por la mercancía, recordando el primer contacto de los conquistadores con los pobladores en el que aparece la figura del “intercambio”. En el asalto que vive el joven al bajar del barco, aparecen también el “salvajismo” y la “crudeza” americana, pero mediados por una forma moderna ya que son “trabajadores” del lugar, americanos, los que asaltan a un turista europeo. La descripción de los indios se hace posible, como dijimos, fundamentalmente por la cultura clásica —“gráciles y desnudos como figuras de un friso

¹ El danzón criollo resume la posición del narrador: “Son griegas tus formas, tu tez africana, tus ojos hebreos, tu acento español” (Valle Inclán, 1978: 54).

del Partenón” (Valle Inclán, 1978: 51)– donde el narrador puede proyectar su conocimiento y, a la vez, comparar los orígenes². La niña Chole funciona como metáfora de la tierra caliente americana que es a la vez objeto de deseo del narrador y del conquistador. De esta manera, el narrador se ubica dentro del linaje español, bajo la figura de Hernán Cortés, pero la Conquista aparece representada como una empresa individual: “Oscuro aventurero, sin paz y sin hogar, siguiendo los impulsos de una vida errante, iba a perderme, quizá para siempre, en la vastedad del viejo imperio azteca, imperio de historia desconocida, sepultada para siempre con las momias de sus reyes” (Valle Inclán, 1978: 61). Son los impulsos de una vida errante los que ayudan a develar las historias del pasado que aparecen como desconocidas y sepultadas y lo que moviliza al conquistador, al narrador y al intelectual.

La individualidad del conquistador y del intelectual cobra relevancia en relación a otros procedimientos de la narración orientados a encontrar un estilo propio. Las interrupciones del narrador en los relatos para brindar juicios personales, la abundancia de las imágenes sensoriales, el lenguaje poético de la narración y la visión autolimitada³ que presenta son procedimientos que dan cuenta del perspectivismo de la narración. Se presenta una mirada individualizada y original de la realidad. Esta es, entonces, el proceso de autopercepción en relación a la experiencia propia, justificado por las competencias que el narrador demuestra en un amplio campo de conocimiento. Es decir, se configura en *Femeninas* la figura de un intelectual capaz de informar desde lo simbólico una realidad parcial. El narrador da lugar a un intelectual que no puede dar cuenta de la totalidad a la manera científica. Hay una separación, en este punto, del racionalismo científico y objetivista que se inició con el proceso de secularización de la sociedad. Hay, además, en esta actitud, una voluntad de romper con el “mundo privado” del narrador. El intelectual privado no existe puesto que sus palabras, desde que están escritas, pertenecen al mundo público (Said, 1996).

La vida errante está mediada por la figura del viaje o del exilio (de un recuerdo doloroso) que en el caso del protagonista de “La niña Chole” es concreto, pero que aparece también en otras narraciones. La visita de Ramiro, el “duquesito” de origen francés, a la casa de Tula, en “Tula Varona”, puede ser leída como un viaje hacia un territorio desconocido donde aparece el espacio americano metonímicamente por medio del mate y el físico criollo de Tula. El viaje es la posibilidad de acercarse a lo exótico, pero también es la posibilidad de sentirse “siempre como algo exterior al mundo locuaz y familiar” (Said, 1996: 64)⁴. Esta es la condición metafórica del exilio, la de la marginalidad. En otros textos como “Rosarito”, donde no aparece el componente americano, sí se presenta la figura del viaje en la composición del personaje de Don Juan Manuel. La ausencia de este personaje a causa de su

² Es importante aclarar que este mecanismo no es propio de “La niña Chole”, sino que ante cualquier aparición de lo americano se acude a la cultura clásica para su decodificación.

³ Nos referimos a los límites que encuentra el narrador y que manifiesta para comprender lo que sucede: “Por el tono de la Condesa es difícil saber qué impresión le ha causado la carta” (Valle Inclán, 1978: 16).

⁴ Es interesante que en un estudio sobre el trabajo formal con la lengua, Guillermo Díaz Plaja (1972) define la relación entre Valle Inclán y el castellano a partir del concepto de *distanciamiento* (provocado por el contacto e influencia del galaico) como el factor que permite su propia renovación literaria. Este movimiento pareciera ser similar a la actitud del intelectual frente al exilio.

“emigración” y su “vida de conspirador y aventurero” (Valle Inclán, 1978: 80) explica en el relato sus posiciones ideológicas libertarias que lo convierten en un ser extraño e incomprendido para su familia, cuestionando la religiosidad y desacralizando a través del deseo a Rosarito, la niña virgen.

La figura del exilio genera que el narrador quede ubicado en un espacio intermedio entre América, que ha perdido su “identidad constitutiva”, y un linaje español que es producto de la imaginación y de recuerdos no vividos⁵. El cubano Aquiles, de “La condesa de Cela”, corporiza también esta tensión en su propia identidad. Cuenta con la brutalidad, la sinceridad y la sensualidad de un nacido habanero, pero que siendo joven viaja a España, el espacio al que pertenecen en la narración el conocimiento y los valores civilizados. Sin embargo, y aquí radica lo interesante de *Femeninas*: el narrador es capaz de describir esta mirada y al mismo tiempo contar cómo la experiencia de los personajes pone en contradicción la vigencia de esos valores y ese conocimiento. El narrador presenta el imaginario social y el discurso construido sobre el espacio europeo y americano y luego, en la narración, estos se cuestionan y entran en contradicción. Al respecto, son ejemplificadoras las descripciones de las mujeres en las que se hace un uso sacrílego del lenguaje religioso: “Era el egoísmo pagano de una naturaleza femenina y poco cristiana que se abroquela contra las negras tristezas de la vida” (Valle Inclán, 1978: 17). “Octavia Santino” plantea la ambivalencia del poder religioso: la descripción virginal del personaje se desmorona ante la pregunta “¿Por qué quisiste ahora ser buena?” (Valle Inclán, 1978: 32) que da cuenta de la apariencia sobre la que se sostenía su práctica religiosa y también de su traición. En “Rosarito” el personaje de la niña encarna esta dualidad entre el aspecto virginal y la sensualidad de la mujer sintetizada en el movimiento del alfilerón de oro, desde el pelo hasta el pecho. Asimismo, el espacio sagrado de la habitación aparece habitado por lo sacrílego del encuentro pasional y la muerte. En “La Generala” esta ambivalencia femenina se complementa con la masculinización de la figura femenina y se explicita en la forma de nombrar al personaje en la alternancia entre La Generala y Currita. El vacío moral y religioso provocado por el deseo de libertad del personaje da lugar al desafío de los poderes militar y político. En este sentido, los tres entorchados, que ya no inspiran más respeto que “unos galones de cabo” (Valle Inclán, 1978: 74), pueden ser leídos como el debilitamiento de un poder militar fuerte y autoritario que existe en el ámbito público al principio del relato en la figura de la Generala. A medida que se desarrolla la relación con Sandoval, un militar encargado de leerle cuentos, el poder militar se desvanece entregado al placer del ámbito privado movilizado por el encuentro con la estética literaria.

Podemos observar que los tres cuentos que no tratan lo americano (“Octavia Santino”, “Rosarito” y “La Generala”) en sus personajes están destinados a cuestionar poderes temporales: el poder político, el religioso y el militar. Una de las definiciones normativas del intelectual que expone Altamirano (2013) es la de Julien Benda, que ubica al intelectual en la continuidad de la función normativa del clérigo de

⁵ “La imaginación exaltada me fingía al aventurero extremeño poniendo fuego a sus naves [...]. Y como no es posible renunciar a la patria, yo, español, sentía el corazón henchido de entusiasmo, y poblada de visiones gloriosas la mente, y la memoria llena de recuerdos históricos” (Valle Inclán, 1978: 61).

orden moral que debe cumplir una misión. En este sentido, Benda denuncia cómo los intelectuales “sucumben ante las pasiones seculares, fundamentalmente las pasiones políticas” (citado por Altamirano, 2013: 40) durante el modernismo. Las historias de *Femeninas* constituyen un punto problemático desde este aspecto: están impregnadas por la secularización finisecular y cuestionan, de hecho, la mantención de falsas dualidades morales (engaños amorosos y asesinatos que burlan los valores religiosos y políticos) sostenidas por un discurso oficial asociado a la época de la Restauración. Así, el desafío a los distintos poderes de la estructura social se efectúa por medio de la ostentación de las situaciones duales y ambiguas donde se desmorona la rectitud de los personajes y, por lo tanto, se desmitifican los valores que subyacen al mito nacional, basado en el poder político, religioso y militar. La misión del narrador a través de su mirada particular es la de desentrañar las oposiciones constitutivas del imaginario social. Estas oposiciones se evidencian a partir de la realización del deseo individual. En todos los casos, los personajes sucumben ante la pasión amorosa. Cuando esta se concreta, desorganiza los poderes articuladores del goce colectivo para dar lugar al goce individual.

> **3. Conclusiones**

El narrador de *Femeninas* tiene la misión de desarticular los valores cohesivos de la sociedad: el poder religioso, el poder político y el poder militar. América permite un campo semántico y una serie de referencias que sirven a una voz con pulsión cosmopolita capaz de cuestionar las ambigüedades constitutivas de la sociedad desde el propio trabajo con la lengua. Un análisis de las intervenciones del narrador permite dar cuenta en él de las distintas aristas que caracterizan la figura del intelectual moderno: la ostentación del conocimiento, la figura del exiliado, el trabajo individual y la voluntad de explicar *lo exótico*. En este sentido, el cambio de siglo propicia el contexto para la aparición de una figura del intelectual que se sustenta en su propia búsqueda interior que va a convertirse en una búsqueda estética. La apuesta del narrador de *Femeninas* se acerca a la función que describe Edward Shils:

[...] los intelectuales estimulan disposiciones expresivas en el resto de la sociedad al ofrecer modelos, criterios de estimación y símbolos cuyo destino es ser, justamente, objeto de estimación estética (citado por Altamirano, 2013: 67).

El narrador desarrolla las potencialidades alternativas de los valores culturales al desentrañar las estructuras y fenómenos del devenir social, que a simple vista no se contemplan o no son inteligibles. Esta palabra se enuncia desde el origen del intelectual en el espacio intersticial entre la cultura americana y europea y en un cambio de siglo que da la oportunidad para encontrar un nuevo estilo. Dentro de la tradición española, el narrador se ubica todavía en el espacio de los *recién llegados al campo intelectual* –concepto acuñado por Pierre Bourdieu (1999)– que va a tener la función de discutir la producción de bienes culturales. Pero esta búsqueda es, como dijimos, interna: tiene la autolimitación dentro del yo y se plantea desde el exilio, conservando algunas características de la definición tradicional/elitista del intelectual. Está escindida y a la vez conectada con el cuerpo social. Es una voz que se proyecta aislada,

eligiendo a una minoría artística capaz de romper una tradición o de constituir una tradición de ruptura; una voz que se plantea en “la noche americana de los poetas” (Valle Inclán, 1978: 62).

> **Referencias bibliográficas**

Altamirano, C. (2013). *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.

Díaz Plaja, G. (1972). *Las estéticas de Valle Inclán*. Madrid: Gredos.

Said, E. W. (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.

Santiáñez-Tió, N. (2002). III. Modernismo y Modernismos y IV. Modernidad, secularización y novela. *Investigaciones literarias: modernidad, historia de la literatura y modernismo* (87-137 y 139-167). Barcelona: Crítica.

Valle Inclán, R. del (1978). *Femeninas*. Madrid: Espasa-Calpe.